

poco, dijo Sancho.—Ni mucho, replicó el ventero; médiase la partida, y señálensele cinco reales.—Désele todos cinco y cuartillo, dijo Don Quijote, que no está en un cuartillo mas á menos la monta desta notable desgracia; y acabe presto maese Pedro, que se hace hora de cenar, y yo tengo ciertos barruntos de hambre.—Por esta figura, dijo maese Pedro, que está sin narices y un ojo menos, que es de la hermosa Melisendra, quiero, y me pongo en lo justo, dos reales y doce maravedís.—¡Aun ahí seria el diablo, dijo Don Quijote, si ya no estuviere Melisendra con su esposo por lo menos en la raya de Francia! porque, el caballo en que iban, á mí me pareció que antes volaba que corria; y así, no hay para qué venderme á mí el gato por liebre, presentándome aquí á Melisendra desnarigada, estando la otra, si viene á mano, ahora holgándose en Francia, con su esposo, á pierna tendida: ayude Dios con lo suyo á cada uno, señor maese Pedro, y caminemos todos con pié llano y con intencion sana, y prosiga.” Maese Pedro, que vió que Don Quijote izquierdeaba, y que volvía á su primer tema, no quiso que se le escapase; y así, le dijo: “Esta no debe de ser Melisendra, sino alguna de las doncellas que la servian; y así, con sesenta maravedís que me den por ella, quedaré contento y bien pagado.” Desta manera fué poniendo precio á otras muchas destrozadas figuras, que despues lo moderaron los dos jueces árbitros, con satisfacion de las partes, que llegaron á cuarenta reales y tres cuartillos; y además desto, que luego lo desembolsó Sancho, pidió maese Pedro dos reales por el trabajo de tomar el mono. “Dáselos, Sancho, dijo Don Quijote, no para tomar el mono, sino la *mona*; y docientos diera yo ahora, en albricias, á quien me dijera con certidumbre que la señora Doña Melisendra y el señor Don Gaiferos estaban ya en Francia, y entre los suyos.—Ninguno nos lo podrá decir mejor que mi mono, dijo maese Pedro; pero no habrá diablo que ahora le tome, aunque imagino, que el cariño y la hambre le han de forzar á que me busque esta noche, y amanecerá Dios, y verémos.” En resolucion, la borrasca del retablo se acabó, y todos cenaron en paz y en buena compañía, á costa de Don Quijote, que era liberal en todo extremo. Antes que amaneciese, se fué el que llevaba las lanzas y las alabardas; y ya, despues de amanecido, se vinieron á despedir de Don Quijote el primo y el paje, el uno para volverse á su tierra, y el otro á proseguir su camino, para ayuda del cual le dió Don Quijote una docena de reales. Maese Pedro no quiso volver á entrar en mas *dimes* ni *direres* con Don Quijote, á quien él conocia muy bien; y así, madrugó antes que el sol, y cogiendo las reliquias de su retablo, y á su mono, se fué tambien á buscar sus aventuras. El ventero, que no conocia á Don Quijote, tan admirado le tenian sus locuras como su liberalidad. Finalmente, Sancho le pagó muy bien, por orden de su señor; y despidiéndose dél, casi á las ocho del día, dejaron la venta y se pusieron en camino, donde los dejaremos ir, que así conviene para dar lugar á contar otras cosas pertenecientes á la declaracion desta famosa historia.

## CAPÍTULO XXVII.

Donde se da cuenta quiénes eran maese Pedro y su mono, con el mal suceso que Don Quijote tuvo en la aventura del rebuzno, que no la acabó como él quisiera y como lo tenia pensado.

ENTRA Cide Hamete, coronista desta grande historia, con estas palabras en este capítulo: *Juro como católico cristiano*; á lo que su traductor dice, que el jurar Cide Hamete como católico cristiano, siendo él moro, como sin duda lo era, no quiso decir otra cosa sino que, así como el católico cristiano, cuando jura, jura ó debe jurar verdad, y decirla en lo que dijere, así él la decia, como si jurara como cristiano católico, en lo que queria escribir de Don Quijote, especialmente en decir quién era maese Pedro, y quién el mono adivino, que traia admirados todos aquellos pueblos con sus adivinanzas. Dice, pues, que bien se acordará el que hubiere leído la *Primera Parte* desta historia, de aquel *Ginés de Pasamonte*, á quien, entre otros galeotes, dió libertad Don Quijote en Sierra Morena; beneficio que, despues, le fué mal agradecido y peor pagado de aquella gente maligna y mal acostumbrada. Este Ginés de Pasamonte, á quien Don Quijote llamaba *Ginesillo de Parapilla*, fué el que hurtó á Sancho Panza el rucio, que, por no haberse puesto el cómo ni el cuándo en la *Primera Parte*, por culpa de los impresores, ha dado en qué entender á muchos, que atribuian á poca memoria del autor la falta de emprenta. Pero, en resolucion, Ginés le hurtó estando sobre él durmiendo Sancho Panza, usando de la traza y modo que usó Brunelo cuando, estando Sacripante sobre Albraca, le sacó el caballo de entre las piernas, y despues le cobró Sancho, como se ha contado. Este Ginés, pues, temeroso de no ser hallado de la justicia, que le buscaba para castigarle de sus infinitas bellaquerías y delitos, que fueron

tantos y tales, que él mismo compuso un gran volúmen contándolos, determinó pasarse al reino de Aragon, y cubrirse el ojo izquierdo, acomodándose al oficio de titerero; que esto, y el jugar de manos, lo sabía hacer por extremo. Sucedió, pues, que de unos cristianos, ya libres, que venian de Berbería, compró aquel mono, á quien enseñó que, en haciéndole cierta señal, se le subiese en el hombro, y le murmurase, ó lo pareciese, al oido. Hecho esto, antes que entrase en el lugar donde entraba con su retablo y mono, se informaba en el lugar mas cercano, ó de quien él mejor podía, qué cosas particulares hubiesen sucedido en el tal lugar, y á qué personas; y, llevándolas bien en la memoria, lo primero que hacia era mostrar su retablo, el cual, unas veces era de una historia, y otras de otra, pero todas alegres, y regocijadas y conocidas. Acabada la muestra, proponia las habilidades de su mono, diciendo al pueblo, que adivinaba todo lo pasado y lo presente; pero que, en lo de por venir, no se daba maña. Por la respuesta de cada pregunta pedia dos reales, y de algunas hacia barato, segun tomaba el pulso á los preguntantes; y como tal vez llegaba á las casas de quien él sabía los sucesos de los que en ella moraban, aunque no le preguntasen nada, por no pagarle, él hacia la seña al mono, y luego decia que le habia dicho tal y tal cosa, que venia de molde con lo sucedido. Con esto cobraba crédito inefable, y andábanse todos tras él: otras veces, como era tan discreto, respondia de manera que las respuestas venian bien con las preguntas; y como nadie le apuraba ni apretaba á que dijese cómo adivinaba su mono, á todos hacia monas, y llenaba sus escueros. Así como entró en la venta, conoció á Don Quijote y á Sancho, por cuyo conocimiento le fué fácil poner en admiracion á Don Quijote y á Sancho Panza, y á todos los que en ella estaban; pero hubiérale de costar caro si Don Quijote bajara un poco mas la mano cuando cortó la cabeza al rey Marsilio y destruyó toda su caballería, como queda dicho en el antecedente capítulo. Esto es lo que hay que decir de maese Pedro y de su mono. Y, volviendo á Don Quijote de la Mancha, digo, que, despues de haber salido de la venta, determinó de ver primero las riberas del rio Ebro, y todos aquellos contornos, antes de entrar en la ciudad de Zaragoza, pues le daba tiempo para todo el mucho que faltaba desde allí á las justas. Con esta intencion siguió su camino, por el cual anduvo dos dias sin acontecerle cosa digna de ponerse en escritura, hasta que al tercero, al subir de una loma, oyó un gran rumor de atambores, de trompetas y arcabuces. Al principio pensó que algun tercio de soldados pasaba por aquella parte, y, por verlos, picó á Rocinante y subió la loma arriba; y cuando estuvo en la cumbre, vió al pié della, á su parecer, mas de docientos hombres armados de diferentes suertes de armas, como si dijésemos lanzones, ballestas, partesanas, alabardas y picas, y algunos arcabuces y muchas rodela. Bajó del recuesto, y acercóse al escuadron, tanto, que distintamente vió las banderas, juzgó de las colores, y notó las empresas que en ellas traian, especialmente una que en un estandarte ó giron de raso blanco venia, en el cual estaba pintado muy al vivo

un asno, como un pequeño sardesco, la cabeza levantada, la boca abierta, y la lengua defuera, en acto y postura como si estuviera rebuznando: alrededor dél estaban escritos, de letras grandes, estos dos versos:

“No rebuznaron en balde  
el uno y el otro alcalde.”

Por esta insignia sacó Don Quijote, que aquella gente debia de ser del pueblo *del rebuzno*; y así se lo dijo á Sancho, declarándole lo que en el estandarte venia escrito. Dijole tambien que, el que les habia dado noticia de aquel caso, se habia errado en decir que dos regidores habian sido los que rebuznaron, porque, segun los versos del estandarte, no habian sido sino alcaldes. Á lo que respondió Sancho Panza: “Señor, en eso no hay que reparar; que bien puede ser, que los regidores que entonces rebuznaron, viniesen con el tiempo á ser alcaldes de su pueblo, y así, se pueden llamar con entrambos títulos; cuanto mas, que no hace al caso á la verdad de la historia ser los rebuznadores alcaldes ó regidores, como ellos una por una hayan rebuznado, porque tan á pique está de rebuznar un alcalde, como un regidor.” Finalmente, conocieron y supieron cómo el pueblo, corrido, salia á pelear con otro, que le corria mas de lo justo y de lo que se debia á la buena vecindad. Fuése llegando á ellos Don Quijote, no con poca pesadumbre de Sancho, que nunca fué amigo de hallarse en semejantes jornadas. Los del escuadron le recogieron en medio, creyendo que era alguno de los de su parcialidad. Don Quijote, alzando la visera con gentil brio y continente, llegó hasta el estandarte del asno, y allí se le pusieron alrededor todos los mas principales del ejército, por verle, admirados con la admiracion acostumbrada en que caian todos aquellos que la vez primera le miraban. Don Quijote, que los vió tan atentos á mirarle, sin que ninguno le hablase ni le preguntase nada, quiso aprovecharse de aquel silencio; y, rompiendo el suyo, alzó la voz, y dijo:

“Buenos señores: cuan encarecidamente puedo, os suplico, que no interrumpais un razonamiento que quiero haceros, hasta que veais que os disgusta y enfada; que, si esto sucede, con la mas mínima señal que me hagais pondré un sello en mi boca, y echaré una mordaza á mi lengua.” Todos le dijeron que dijese lo que quisiese, que de buena gana le escucharían. Don Quijote, con esta licencia, prosiguió diciendo: “Yo, señores míos, soy caballero andante, cuyo ejercicio es el de las armas, y cuya profesion, la de favorecer á los necesitados de favor, y acudir á los menesterosos. Dias há que he sabido vuestra desgracia, y la causa que os mueve á tomar las armas á cada paso para vengaros de vuestros enemigos; y habiendo discurrido una y muchas veces en mi entendimiento sobre vuestro negocio, hallo, segun las leyes del duelo, que estais engañados en teneros por afrentados, porque ningun particular puede afrentar á un pueblo entero si no es retándole